



Maria de La Trinidad (1604-1690) -San Felices de los Gallegos-

A la hora de realizar una síntesis biográfica de Madre María de la Trinidad no resulta fácil la tarea, dada la abundante documentación, de primera mano, que sobre ella tenemos. Se cuenta con sus cuentas de conciencia mandadas escribir por los confesores, por manos de otra religiosa –ella no sabía escribir-, en ellas tenemos hechos y pormenores de su vida hasta el año antes de su muerte. A su vez, D. Juan de Santiago, uno de sus directores, –desde 1656 a 1679- fue tomando nota de algunos de sus hechos más significativos. A esto se suma los cuadernos escritos por D^a Catalina Mangas, -y firmados como testigos por varias religiosas del monasterio- que, como veremos, es la religiosa que más íntimamente trato a M^a Trinidad y tuvo un papel relevante en su vida.

Nace, pues, en 1604 en San Felices de los Gallegos, hija de Gaspar López y María López, la cual murió a los pocos días de nacer María. Fue su padre quien llevó adelante la educación cristina de la pequeña, que gozando de una viveza de carácter y una inteligencia bien despierta, cuenta entre sus recuerdos con experiencias y gracias de Dios desde su más tierna edad. Describe ella cómo a los tres años, todas las veces que quería decir Gloria al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo –son palabras suyas-, sentía me tocaban en el alma, como si me dijeran: aquí están. A esta edad fue cuando recibió la confirmación y fue en este acto cuando por propia iniciativa añadió a su nombre María, el de Trinidad, en contra de lo que su padre había indicado, el cual quería fuese llamada Juana. A este respecto, un hecho significativo de lo que en ella se estaba gestando en esta edad, lo narra en sus apuntes: hablándome mi padre como a niña que me quería enseñar las cosas de la cristiandad, me dijo: “Ven acá que has de saber cuántas son las personas de la Santísima Trinidad”. Yo le respondí: “son tres”. Y diciendo mi padre: “¿cómo lo sabes tú?”; poniendo la mano en el corazón, dije: “¡Téngolas aquí!”. Y replicando mi padre le dijese cómo las tenía allí, respondí: “porque soy cristiana ¿usted no es cristiano?” Y diciendo que sí, dije: “Pues ¿cómo me pregunta cómo tengo en mi alma la Santísima Trinidad?” No es difícil suponer el asombro del padre, el cual, al tiempo que con admiración iba descubriendo que su hija estaba tocada por la gracia de Dios de forma especial, ponía todo su interés en alimentar y acrecentar una fe firme y consecuente; de hecho ella le calificó, pasados los años, como su primer director espiritual. Espigando, a modo de ejemplo, entre las enseñanzas de su padre, leemos: En mi niñez me enseñó mi padre que todos los días, antes de comer, en caridad y lugar de limosna, hiciese por todos los fieles un discurso y memoria de los mandamientos de la ley de Dios,... en las mañanas, las cinco primeras cosas que vestía fueran en memoria de las cinco llagas;... las cintas con que me trenzaba el pelo, en memoria de la corona de espinas; y en acabándome de vestir que rezase tres credos a la Santísima Trinidad... y me pidió en nombre de Jesucristo crucificado que jamás lo dejase de hacer... pero junto a estos y muchos más detalles de piedad que le fueron enseñados por él, le cabe la gloria a Gaspar López de haber sido él el iniciador de las que serían, como veremos, las tres grandes misiones de la vida de oración de su hija: las almas del purgatorio, la conversión de los pecadores y el apoyo a los que sufren por la propagación de la fe.

De esta tierna edad aún podemos espigar algunos hechos que veremos son inicio de lo que va a ser su vida. A los cinco años, nos dice: rezando el rosario delante de un crucifijo, me dio tan gran pena de verle crucificado que desde ese punto deseé hacer alguna cosa por ser viernes, en agradecimiento de lo que Dios había padecido por mí. Tomé una sogá y me la até en el cuerpo, esta la traje hasta los siete años de mi edad. Otro hecho lo constituye el que, estando un día queriéndole quitar una estampa del Niño Jesús, que ella quería mucho, para evitar lo que le parecía ya inevitable, se trago la estampa, pero al mismo tiempo se dio cuenta de que igualmente la había perdido: fue tanto el desconsuelo que sentí, -dice- que para quietarme, mi padre, me dijo que no llorase, que lo tenía dentro de mí. Quedome desde ese día una revelación interior que, como se me ofreciese hacer alguna cosa imperfecta, acordándome lo que tenía dentro, jamás quise cosa advertidamente que entendiese ser ofensa de Dios. También en esta edad surge en ella el deseo y la promesa del voto de castidad, al escuchar por primera vez hablar a su padre de cómo cuando fuese mayor se tenía que casar, sintiendo al momento un instintivo rechazo y un deseo de consagración.

A los 7 años su vida espiritual va a ser ocasión de no poca preocupación y disgusto para su padre, el cual desconocía el origen de lo que él pensaba eran raras dolencias de su hija. Un hecho marca el inicio de ese nuevo sesgo que tomó su vida –rico en gracias místicas-: En una ocasión, en casa de mi padre, estando mucha gente holgándose en bailes, yo tocaba un pandero y cantaba divertida con el mismo entretenimiento de música honesta, se me mostró en el aire un brazo desnudo y en la mano una llaga muy fresca; quedé espantada y con turbación, el desfallecimiento que le sobrevino fue tomado por enfermedad y empezaron con curas que de nada sirvieron. La visión para ella supuso un reproche de que no se determinaba a servir sincera y totalmente a Dios, tras la primera reacción de tristeza y decaimiento siguió como una carrera de entrega mutua y generosa, ella a discurrir penitencias y disponerse a la oración, el Señor a llenarla de gracias de iluminación y estímulo para más entrega, al tiempo que todo esto era desconcertante para su padre que la obligaba a ir a los bailes y a salir a pasear con la criada para que se distrajese.

Así llegó a los 13 años, y a la muerte de su padre en un jueves santo. El mismo día de su entierro pidió con insistencia a su confesor hiciese gestiones para ser acogida en el convento de la Pasión del mismo San Felices de los Gallegos, como sirvienta de una parienta suya religiosa. Allí entró, el sábado santo, teniendo que vencer una gran repugnancia por lo que su oficio le suponía: servir. Todo lo que se le indicaba le parecía era humillación, la consideración de estar sirviendo a Cristo mismo en la persona de la religiosa era lo que acallaba sus rebeldías. A los ocho meses murió esta religiosa, quedando de nuevo desamparada. Ella suplicaba al Señor no tuviese que salir del convento, y al coro marchó, permaneciendo allí orando y llorando por espacio de tres días, sin probar alimento. Al tercer día fue D^a Catalina Mangas, religiosa de gran valía y calidad espiritual, quien se apercibió de su presencia y se interesó por ella, allí mismo se comprometió a acogerla ella como sirvienta y tras una conversación en la que le manifestó sus inquietudes respecto a su modo de relacionarse con Dios, ésta la certificó de que lo que estaba haciendo era verdadera oración y que no necesitaba la enseñasen sino más bien enseñar. Esto era el año 1618 y con D^a Catalina estuvo 15 años como sirvienta.

Estando al servicio de esta religiosa faltó una de las hermanas legas y, dado que ya en comunidad se estaban dando cuenta de las prendas de María Trinidad, le propusieron el que ella tomara el hábito como lega. Se alegró no poco porque ello suponía la garantía de que ya no tendría el peligro de tener que salir del convento, y por otra parte alcanzaba su deseo de consagrarse al Señor. Pero D^a Catalina se opuso rotundamente, ella amaba a María Trinidad y deseaba para ella que pudiera ser religiosa de coro. Trinidad aceptó la voluntad de D^a Catalina, consolada por las locuciones de lo alto que, ya en este tiempo, eran ordinarias en su vida. Poco tiempo después un canónigo de Ciudad Rodrigo se ofrece a pagarle la dote para ser de coro, pero en otro convento distinto al de la Pasión. Ella, no deseaba salir de allí, por sentirse obligada a la comunidad que tan favorable había sido con ella, pero no dijo nada, sin embargo no se llevó a cabo el proyecto por fallecer dicho canónigo. A estas alturas, D^a Catalina expuso sus deseos a la comunidad con respecto a su sirvienta, comprometiéndose a pagarle el sustento durante toda su vida, sometida la decisión a la votación del capítulo fue aceptada por unanimidad. Trinidad contaba entonces la edad de 29 años no hace falta reseñar el gozo y agradecimiento que albergaba en su corazón. El 27 de agosto de 1633 realizó su toma de hábito y toda su diligencia a la hora de suplicar al Señor fue pedirle favores y gracias espirituales para sus hermanas. La noche siguiente la pasó en oración para dar gracias por tal favor de lo alto, y en esa noche, por medio de su ángel, recibe la petición de madrugar una hora para dedicarla a la oración por los consagrados.

Su vida espiritual en estos momentos ya es muy elevada y no sólo las locuciones sino las visiones y revelaciones aparecen en el entramado diario de su vida con una frecuencia asombrosa, también y de forma muy violenta los ataques del maligno que, sobre todo en este año de noviciado, se recrudecieron hasta extremos insospechados. De hecho el mismo Señor se lo manifestó en una visión en que vio cómo un perro roía un hueso con insistencia feroz, aunque este siempre quedaba entero, y le fue dicho se preparase porque así iba a ser el trato que recibiría del maligno por cierto tiempo. A esto se sumó una dificultad manifiesta para aprender el rezo del oficio divino que le sirvió de no poca humillación. Todo pasó y pudo realizar su profesión el 29 de agosto de 1634, acto que ella vivió más en ambiente de cielo que de tierra, porque en un éxtasis continuado se vio acompañada en toda la celebración por la Virgen, S. Agustín, S. Ambrosio y su ángel de la guarda.

Su primer oficio fue de ayudante de la provisora y aquí ya se empezaron a hacer manifiestos a la comunidad actos extraordinarios como el multiplicarse la comida en momentos de escasez o el realizarse el trabajo sin la intervención de Trinidad que había permanecido inmóvil en éxtasis.

Con respecto a sus éxtasis, desde su noviciado, empezó el Señor a utilizarla para la tarea de Pastora, -nombre con que era llamada del Señor-. Sin que ella llegara a ser plenamente consciente de ello. Con gran frecuencia la hacía entrar en éxtasis en presencia de sus hermanas, e iniciar unas grandes exposiciones tanto de los misterios de la fe, como en lo tocante a la vida espiritual y de fraternidad de la comunidad. Las religiosas hambreadaban estos discursos y si esto acontecía cuando no estaban todas presentes se avisaban unas a otras para acudir a ello, desapareciendo tan pronto como notaban que ella empezaba a volver en sí, para evitarle el sonrojo que ello le ocasionaba.

D^a Catalina Mangas, entonces abadesa del monasterio, mujer de grandes dotes de gobierno, era quien realmente llevaba el peso de la comunidad. Eran tiempos muy difíciles, dada la situación de gran penuria por haber perdido el monasterio todas sus propiedades, a causa de la guerra con Portugal, siendo San Felices el lugar más castigado, por ser el punto más estratégico de la frontera, lo que reportaba no sólo escasez económica sino también de vocaciones. D^a Catalina muere en 1662, y ya entonces la comunidad deseó que fuera M^a Trinidad quien la sustituyera, su oposición y la de su director evitaron lo que dos años después no pudo evitarse, y así inició su tarea el 29 de agosto de 1666. Contaba 58 años y estaba cargada de achaques, sin embargo se asombraban las religiosas de cómo podía atender a tanto y cargar con tanto trabajo. Aún más manifiestos fueron los favores del cielo en este tiempo, pues desde que empezó su mandato y a pesar de coincidir con el tiempo de mayor escasez en la población, no faltó nunca a la comunidad el sustento, ni lo necesario para poder llevar adelante la vida regular.

De este tiempo de gran incertidumbre por los acontecimientos políticos, y antes de la muerte de D^a Catalina, podemos señalar cómo la comunidad, algunos confesores y la misma D^a Catalina, le insistían para que pidiera al Señor luz en sus revelaciones con respecto a la actitud que debían tomar. Ella siempre rehusaba esta súplica, y sólo en una ocasión hizo referencia explícita de ello indicando que el Señor le daba a ver claro que por los pecados era dada esta guerra, y en concreto con relación al Rey, eche de ver que tiene muy cargada su conciencia –son sus palabras- por haber cargado a los reinos tan gravemente, y esto por cosas superfluas, por estas cargas ha permitido Dios se levanten sus reinos y nos vengan estos males y porque no cumplimos en nuestros estados con las obligaciones que tenemos. Arreció tanto el peligro que se pensó en la necesidad de abandonar el monasterio, bien a propósito las monjas comentaban sus temores delante de ella por ver a favor de qué se pronunciaba, pero ella siempre se mantenía en silencio y nunca se manifestaba en estas cosas de la guerra. D^a Catalina, un día en que la encontró en el coro, en éxtasis, sentándose a su lado, como en otras ocasiones, en que sin decirle palabra, en virtud de obediencia, o suplicando al Señor, la hacía incluso salir del arrobamiento, empezó a suplicar le fuera revelado qué debían hacer a este respecto; como la misma D^a Catalina refiere, al punto se levantó M^a Trinidad y como me vio a su lado dijo: “Vamos Señora”. Y caminando hacia la celda, sin decirle yo palabra de lo que quería, me dijo: “Señora, no quiere Dios que las guerras se gobiernen por revelaciones; lo que nos toca es aplacar a Dios, que sin duda nuestras culpas son la mayor causa de ellas”.

En este tiempo de escasez, tanto para el sustento de la comunidad, como para la realización de limosnas, no fueron pocas las veces que se dieron prodigios de multiplicación, sobre todo en lo tocante al pan. En una de estas ocasiones, con un pan pequeño, dio de comer a 17 soldados, y tan admirable como la misma multiplicación fue el hecho de que ella misma no entendió que era milagro, como iba partiendo el pan y no se terminaba, no cayó en la cuenta, pues según su confesor de haberlo notado, se hubiera deshecho en actos de humildad, como suele. El propio confesor sigue en su testimonio: es indecible la caridad que esta sierva de Dios ha hecho estos días. En todo el día hace otra cosa que dar de comer a los pobres, que son muchos, y para todos tiene conforme a los que están más malos. Y si fueran tres o cuatro, y esto uno o dos días, no me espantara, más algunos días han pasado de cuarenta. Tengo por imposible, aunque vendiera todo lo que tiene en la celda, que pudiera socorrer a tantos, y tantos días si Dios no lo multiplicara. Muchos hechos extraordinarios se daban en el ejercicio de la caridad que, por su frecuencia, llegaron a ser ordinarios para D^a Catalina, la testigo cotidiana de ellos. Así, en cualquier arcón de la celda, ya antes de ser religiosa, colocaba la comida que deseaba fuese para los pobres –de los que muchas veces tenía noticia de la necesidad concreta en sus arrobamientos- y al punto desaparecía dicha comida, en ocasiones hasta las mismas vajillas en las que se encontraba, siendo devueltas completamente limpias. Un caso curioso, a este respecto, lo narra D^a Catalina: Para uno de esos enfermos le había dado unas perillas en conserva, y eran dos solas, y pasados dos o tres días, abriendo un cofre mío, del cual yo siempre traía la llave, hallé en él, en la misma escudilla, pera y media. Díjeselo a Trinidad, espantada yo de ello, y me respondió: -murió el enfermo y no comió más de media, y no quiere Dios que se pierda lo que se da por el. También sucedía

que la escuchaban en sus éxtasis hablar como si diese tal o cual prenda de ropa que llevaba puesta, y luego sin ella haberse movido comprobaban que le faltaba. En una ocasión de estas, tras la cual D^a Catalina la reprendió diciendo que ella también era pobre y siempre se hallaba sin ropa, con toda sencillez le respondió: ¿Quién había de ver al pobre de Cristo desnudo y quedarse vestida? No me pesa, más quiero que me hallen desnuda que sin caridad. No nos ha de faltar, que mucho tiene Dios que dar, mire que he de dar lo que me pidan u se ofrezca.

Su fama de santidad y su caridad alcanzó a toda la población y su comarca. Dos días antes de la Santísima Trinidad ya se iniciaba la afluencia de atenciones, portando todo tipo de obsequios de frutos y flores. Según D^a Catalina, no quedaba nadie del vecindario sin personarse a llevarle su presente. Ella siempre aprovechaba para llevarles a Dios, y de hecho, el día de la fiesta era grande el número de gente que se acercaba a la comunión. También adquirió amplia fama, por medio de M^a Trinidad, lo que ella llamaba el agua de san Agustín. Esto empezó ya antes de ser religiosa, con ocasión de ser visitada por una pobre muy enferma, que le manifestó sus grandes aprietos y su imposibilidad de criar a su hijo por la enfermedad, ella suplicó al Señor por ella y el Señor le indicó le diese agua bendita y se encomendase a la intercesión de san Agustín, allí mismo la bebió la pobre y al marchar a casa empezó a notar la mejoría, al día siguiente ya pudo ir a buscar a su hijo para seguir criándole ella. La noticia se extendió y la afluencia de enfermos buscando el agua de san Agustín era cada vez mayor y las curaciones obradas por este medio fueron multiplicándose.

El don de bilocación fue de las gracias más extraordinarias que gozó M^a Trinidad. La primera vez sucedió al oír la campanilla que acompañaba al Santísimo Sacramento, cuando iba a ser llevado a un enfermo, pronto se vio acompañando al Santísimo y le fue dado conocer la gran necesidad del enfermo por cuestiones de fe. Ella se ofreció a padecer por él lo que fuese necesario, y el Señor le pidió 24 horas de atención especial a su presencia y súplica por los pecadores. En otra ocasión se encontró en la cabecera de un enfermo que ella comprendió era de gran abolengo, allí el Señor le pidió aceptase tres días de maltratamientos del maligno para ayuda de su alma, como ella refiere: Aceptelo con grandísimo gusto y preguntando al Angel de mi guarda: -¿Hermano en que tierra estamos?, me dijo: -Hermana en la corte. Se trataba de D. Juan José de Austria, hijo de Felipe IV, que murió a los pocos días. También son varias las manifestaciones de su bilocación a los navegantes en peligro, y aún hoy se conservan en el monasterio unas ricas colgaduras de seda, que se muestran el día de san Agustín, regaladas por un navegante al que se le hizo presente en su peligro. Ido al convento para reconocerla, vio a todas las religiosas menos a ella –pues por mandato de su confesor, por esos días guardaba una severa reclusión-, mandada por fin salir por su priora fue reconocida por el navegante el cual llevó a cabo dicha entrega. Pero donde más actuó este don fue con relación a los que sufrían por causa de la fe en tierra de moros, allí se personaba en las prisiones, visitando repetidamente a los mismos presos, a algunos incluso acompañándoles en el momento de su martirio. Esta misión se inició un jueves en que, estando en oración, su ángel le pidió encomendase de forma especial a los presos a causa de la fe, estando en esta oración, y creciendo en ansias de ayudarles, escuchó de su ángel: Hermana, vamos a ayudar con la gracia de Dios a los que padecen por la defensa de la fe... y en un instante, junto con mi ángel, me hallé presente en una cárcel muy estrecha en que estaba preso un hombre seglar. Saludele con las alabanzas del Santísimo Sacramento. A eso me respondió: Dios se lo pague, hermana, que deseoso estaba tres años ha, decir por boca ajena nombrar el Santísimo Sacramento... Preguntele si tenía flaqueza y díjome que no, que con decir Jesucristo, se fortalecía... Pedile me dijese qué punto defendía: Díjome: No tengo letras: sustento ser Dios Poderoso en el cielo y en la tierra... así continuaron hablando por un tiempo considerable hasta que el ángel le dijo: Hermana, pasemos adelante, personándose en otras cárceles. Estos “viajes” no pasaban inadvertidos en su comunidad, pues siempre ocurrían estando arrobada. Así lo narra D^a Catalina: El viernes, a las nueve y media, comenzaba a hablar arrobada y la oíamos decir al ángel: -“Hágase la voluntad de Dios. Vamos”. Y en un instante, la oíamos como que hablaba con otra persona y la saludaba haciendo un movimiento de cabeza y diciendo: -“Alabado sea el Santísimo Sacramento”. Y si era hombre decía: -“Hermano ¿qué punto de fe defiendes, o qué causa te tiene en esta prisión?” Esperaba como quien oía la respuesta, y sabida, comenzaba su plática si defendía artículo de fe... hablaba como si fuera un teólogo, altísimamente, cosas que el convento se hallaba presente las más veces, y llorando muchas lágrimas; se pasaba el día sin poder salir de allí hasta las cinco de la tarde que ella volvía en sí, y nadie le decía nada de lo sucedido, ni ella jamás lo entendió que la oíamos.

Como hemos indicado, las almas del purgatorio constituían otro de los campos de sus gran misión. Ya desde los 6 años la vemos ofrecer su rosario por ellas, por los pecadores y por los que defienden la fe, siguiendo las indicaciones de su padre. De esa temprana edad son las primeras visiones del purgatorio: Mostrome mi Señor, desde este tiempo, el modo en que padecen las ánimas del purgatorio y a los principios tenía grandísimo te-

mor... empezando muy pronto una tarea singular a favor de ellas. Siguiendo las indicaciones del cielo, accede a que tomen lugar ciertas almas en determinadas partes de su cuerpo: desde este tiempo me ha dado mi Señor continuos detrimentos en la forma que es su voluntad, y las veo dentro de mis carnes, ingeridas. Y hasta en los mismos tuétanos de mis huesos las traigo ordinariamente, padeciendo junto con ellas, en el tuétano fuego, en la carne inmenso frío, y en la parte de afuera me abraso de calor, tanto que parecen los pellejos encendidos, si las religiosas me los ven se espantan, que parecen quemaduras. Y lo ordinario es estar toda yo ocupada en todas las partes de mi cuerpo en heridas hasta los ojos.

Como ya indicamos los malos tratos y ataques del demonio para hacerla desistir de su virtud eran muy frecuentes, imposible mentarlos todos, por lo que a manera de ejemplo vamos a reseñar algunos, dejando que sea ella misma quien los narre: Una noche sentí encima de mi cama una cosa muy pesada tentando por encima de la ropa. Díjome: “¿Duermes?” Yo entendí que era una monja. Respondí: -“Sí, he dormido”. Díjome: -“¿Cómo puedes dormir si no comes? Es necesario que comas, porque claramente, si no comes te condenas, porque eres homicida de ti misma, y así, aquí te traigo qué comer. Si no quieres que te vean las religiosas, ahora puedes comer este par de huevos, y si no quieres huevos aquí te traigo unos bizcochos... y aunque no tengas necesidad, no te engañe el demonio que él puede ponerte en el corazón cosa que no tengas hambre en muchos días y te sustenten”... Luego que eché de ver lo que era, me quise recoger y vi en lo interior una grande oscuridad, de manera que me pareció que Dios me había desamparado; pero me parece que si Dios hiciera mil mundos y se pusiera en la otra parte, con sola la fe le tuviera presente. En esta persuasión me tuvo hasta las dos... El intento de hacerla caer en vanidad era otro de los objetivos del maligno, con ocasión del agua bendita que hemos comentado, refiriendo el caso a su confesor, le escribe cómo en una ocasión de estas los demonios, haciendo burla de mí, fueron diciendo: -“Esta es La Santa que hace milagros, que llevan el agua bendita para los enfermos y luego están buenos, y por todo esto las ha de pagar, que ya tenemos licencia”. Pero dado que las tentaciones y lisonjas no surtían efecto los ataques eran la mayoría de las veces violencias contra su persona; estos ataques se iniciaron un día que tras una tentación y ante la oscuridad persistente en su espíritu, como nos cuenta M^a Trinidad: volví a ofrecerme a todos los trabajos que su Majestad quisiera darme hasta perder la vida por la salvación de las almas, y al instante sentí una multitud de gente, que sin yo verla se acercó a mí, y me dieron con grandísima fuerza muchos golpes, jugando conmigo como si fuera de pluma... Desde ese día, pocos han pasado que no tenga de esos molimientos que digo... muchas veces entre día y noche me dan dos o tres veces, y muchos dejándome la cabeza y el cuerpo muy herido, con mucha sangre... Otras veces me arrojan de las escaleras... en otras ocasiones, y particularmente estando en el coro me caen de repente y me ahogan... En estos maltratamientos usan de una invención, que siento más que todos otros trabajos: que corporalmente se me figuran unas formas de hombres y mujeres haciendo mil torpezas y deshonestidades... Su actitud ante todos estos ataques nos los señala D^a Catalina: De las muchas caídas que le daban de escaleras y claustros, azotes y golpes en la cabeza, quedaba llagadísima, y queriéndola curar, no admitía remedios; y algunas veces que se le hacían, se ponían peores. Jamás se quejaba desto ni mostraba mal rostro... Ella misma cuenta de una ocasión particular: Asiéronme, como si con uñas de bestia me arañaran la cabeza, me la dejaron con muchas heridas y sangre. Halláronme las monjas sin ánimo, caída y sin poder volver a mí en lo exterior, que en lo interior estaba recogida en Dios... y con este recogimiento de que uso, no me inquieto, ni siento el maltratamiento, sino al principio, y después que pasa, el cansancio y heridas siente el cuerpo.

Como hemos visto se daban, junto a los ataques del maligno, grandes oscuridades y vacíos de Dios, siempre, en estos momentos, se manifestó como fuerte en la fe y en la esperanza: sus armas en estos combates. Los grandes favores y gracias del cielo la sumían en una profunda humildad, como ella misma refiere a su confesor con ocasión de una de estas gracias: Vea vuestra merced cómo todo ha sido nada para lo que Dios hace conmigo y así me hallo la criatura más desagradecida de cuantas hay en el mundo, y hallo en mí que es menester tanta misericordia para mi sola, como para todas las demás criaturas juntas...

Toda esta vida llena de gracias místicas puede llevar a la falsa idea de que su oración siempre era un mar en calma lleno de efluvios amorosos para con su Dios y Señor; sin embargo, ella misma da testimonio de lo mucho que tuvo que luchar en este campo con la sequedad e incluso el hastío: En comenzando a tener las tres horas de oración que nuevamente había prometido, se me oscureció el entendimiento de suerte que no podía pensar en Dios, ni discurrir en cosa ninguna. Dábame como un modo de contricción a las cosas de Dios, tanto que me parecía que la oración había de ser causa de mi muerte, y me parecía que faltaba a la caridad con mi misma persona... Fui continuando mi oración, las horas que tenía prometidas, que ya en este tiempo eran cinco, pero con

tanta dificultad que para cumplir el tiempo, desde que no me podía recoger interiormente a pensar cosa de Dios, hacía una conversación conmigo misma, hablando en Dios y algunas vidas de santos que había oído. Y llegó a tanto la resistencia que sentía a la oración y cosas de Dios, que las mismas imágenes suyas me parecían mal; y afligiéndome, pareciéndome que esto nacía de no servirse Dios de mí, me volvía a su Majestad con nuevos ofrecimientos de servirle y que no había de faltar a nada, aunque después me hubiese de llevar al infierno...

La contemplación de Cristo crucificado y la participación en la pasión, en beneficio de las almas del purgatorio, los pecadores y los que sufren por la fe, se inició ya antes de su ingreso en el monasterio. Ya vimos cómo desde pequeña fue adquiriendo hábitos de penitencia, pero la participación en los dolores de la pasión acaeció, como nos cuenta ella misma, cuando tuve una tentación de darme pena el verme deshecha, y en particular sentí el no traer el cabello, que lo tenía bueno, bien aderezado. De propósito me peiné un día, con ánimo de mirar más en su aseo de ahí en adelante. Estándole aderezando, vi con los ojos corporales una figura de Cristo con la cruz a cuestas y coronado de espinas; fue con tanta rapidez esta aparición, que no pude apereibir más que la pena de ver a Cristo de esta suerte por mi culpa y con sentimiento de haber dado lugar a pensamiento tan vano. La resolución no se hizo esperar, inmediatamente se cortó el pelo y pidió al Señor le diera algún dolor en la cabeza en memoria de la corona de espinas. Como sigue contando: en este punto sentí que me ponían en la cabeza una cosa no pesada, que me oprimía con fuerte dolor, que jamás se me ha quitado. El primer viernes después de haber recibido el hábito, el 2 de septiembre de 1633, se agudizaron de forma considerable estos dolores en cabeza, así como los de pies, manos y costado que todos los jueves a las 9 le aparecían, desde 1618, y permanecían hasta las 5 del viernes. Pero desde esta fecha dichos dolores le fueron dados acompañados de la manifestación externa de los mismos, aunque rara vez se los pudieron ver, y esto sólo D^a Catalina Mangas, y unas pocas religiosas más allegadas, aprovechando algún desfallecimiento de M^a Trinidad... en el costado derecho era tan excesivo dolor que llegué yo a mirar qué tenía, -cuenta D^a Catalina- y le vi abierto, que cabía un dedo en la abertura, y las manos hinchadas y por la parte de dentro, en la mitad de la palma unos tumorcillos levantados... y todos los niervos de las manos temblaban... en los pies lo mismo... A esto siguió este mismo año la gracia del peso de la cruz en el lado derecho, que con el tiempo llegó a notarse cómo se le bajó este hombro, aunque ella lo rellenaba para no ser notado. Dos años después, el 6 de enero de 1635, se añadieron las insignias de la pasión en su corazón. Todas estas gracias de participación en la pasión de Cristo iban acompañadas de la manifestación de necesidades de oración y sacrificio por las intenciones antes señaladas, como ella misma nos indica: Un día, antes de comulgar, se me dio a entender cómo estaba en gran necesidad el estado eclesiástico en lo espiritual,... causome el saber esta necesidad grande pena, que me pasaba el corazón, y estando en esta me dijo mi Señor: “Mi María, quiero que veas el estado en que llegan a celebrar”. Mostráronme una multitud de todo género de sacerdotes en estado de pecado mortal; con esta visión quedé traspasada de pena... y desde este momento, entre los pecadores a los que socorría con su oración y sacrificio, los sacerdotes y religiosos ocuparon un puesto de primer orden.

Otra fuente de sufrimiento la tuvo por parte de sus hermanas, pues aunque en su gran mayoría era querida de todos y de su comunidad, en ésta permitió el Señor que un grupo muy reducido le fuera contrario, como describe el capellán: aunque esta sierva de Dios no tuviera otras mortificaciones que las que dos o tres religiosas le dan, era bastante para hacerla santa, los insultos, burlas y sinrazones dichos directamente por estas a Trinidad eran muy continuos y llegó a tal extremo su animosidad que en varias ocasiones, hallándola en éxtasis, le clavaron un punzón en el brazo y en los pies. Ella, tanto en esto como en los demás sufrimientos tomaba una actitud envidiable, como certifica D^a Catalina: Hala Dios dotado de gran entendimiento y prudencia, es agradable en las penas y en los gozos..., sus trabajos grandes, y los padece con alegría, así los que por mano del demonio Dios permite, como otros que se le ofrecen, sólo siente el que Dios sea ofendido. En su cuerpo no hay parte que no padezca por lo que Dios ordena, pero como viene de su mano, conoce ser a fin de ayudar a las almas del purgatorio y a reducir a gracia y amistad de Dios a los que vivimos. Quisiera padecer más y más, era imposible decir sólo lo exterior que vemos. El mismo confesor confirma esta mezcla de sufrimiento y alegría que la caracterizaba: Padeciendo tantos dolores y no comiendo, porque agora, hasta Pascua no ha de probar bocado, y no durmiendo, y siendo una mujer muy flaca, que no hay en su cuerpo mas que el pellejo pegado a los huesos, anda con tanta ligereza y tan alegre siempre, que no parece tiene un instante de penalidad.

Para concluir vamos a reseñar un hecho que se dio a lo largo de casi toda su vida que provocaba no poca admiración en D^a Catalina, que era quien estaba al corriente de ello, y que nos provoca una sonrisa, mezcla de gracia, chiste a lo divino y admiración, por la ingenuidad que revela en M^a Trinidad. En una ocasión en que se hallaba en éxtasis el Señor le revelo el estado de gracia en que se encontraba un alma particularmente amada

por él, era una religiosa de su comunidad que se llamaba Trinidad. Como ella refiere: Fue tan grande el gozo que mi alma recibió de ver la perfección, amor y deseos de esta persona, que sin pedirlo a Dios, desee saber quien era la que tan abrasada en su amor estaba. Respondiome mi Señor: -“No te lo quiero decir, no lo desees”. Por haber varias hermanas con este nombre, ella andaba muy cuidadosa de favorecerlas y servir las en lo que podía. Esta Trinidad que le mostró el Señor era ella misma, pero nunca llegó a saberlo ni sospecharlo, sí D^a Catalina que se apercibió por las descripciones y una serie de hechos que se haría prolijo contar en esta reseña, pero la misma M^a Trinidad ni por asomo sospechaba pudiera tratarse de ella. Entendió que D^a Catalina sabía de quien se trataba, y dado que a pesar de sus ruegos no se lo quiso revelar, como declara la misma D^a Catalina: Háceme grande fuerza que le dé de sus cositas de vestidos..., y si la doy de comer me pide: -“Lleve esto a aquella monja, que yo sé tiene grande necesidad”. “Tú también le tienes” digo yo. Respóndeme: -“Todo es niñería lo que yo padezco”... Luego que la hago algún agasajo o la consuelo, me dice: -“Dios se lo pague; más a mí no me hace falta nada, acuda a Trinidad, que está muy necesitada”... Díjele una vez: ¿Tú eres tan tonta que no conoces las monjas de casa, y poco más o menos, por su porte, se puede conjeturar quien es Trinidad? Respondiome: -“Del nuestro coro bien sé yo que es”. -“Pues poco más o menos juzga eso”. -“No, Dios me libre, que lo tuviera por pecado gravísimo, poner el pensamiento en eso”. Dije yo: -“Pues mira, será fulana, que es buena monja”. Respondió: -“Esa no, ha sido casada, esa monja Trinidad es ángel en castidad, en todo es perfecta”... Continúa contando D^a Catalina: No descansa menos de referirme lo bien que Trinidad se dispone a servir a Dios, lamentándose de que ella jamás se mejora. Toda su vida está colgada desta monja, y como ve que no la ha de conocer, dice: Señor, hasta el cielo no me parece la conoceré. En éxtasis, cuando le era mostrado verla, la oían hablar con ella: “Hermana, amiga, espera. Dime y enséñame cómo he de amar a Dios con la perfección que le amas, y cómo daré el punto que has sabido dar a las virtudes, para agradecerle como tú”. Todo su deseo de conocerla se cifraba en esta esperanza de ser enseñada por ella en el camino del amor.

Contaba 84 años de edad, sus hermanas se percataban de que pronto les iba a ser arrebatado este tesoro que por tanto tiempo el cielo les había concedido. Corría el año 1690, era el último de su existencia, en él los dolores de la pasión que llevaba de continuo, no sólo se agudizaron, sino que empezaron a manifestarse mucho más externamente, muy visibles se hicieron las marcas de la corona de espinas y los estigmas de la pasión. Agotada, silenciosa, se fue apagando sin casi apercibirse sus hermanas, la encontraron como en un plácido sueño, el 20 de octubre de este mismo año. La noticia de su fallecimiento corrió a gran velocidad por toda la población y comarca, la afluencia de gente a venerar sus restos fue tan masiva que tuvo que posponerse por dos días su sepultura, y su cuerpo no fue colocado con el resto de la comunidad, sino en lápida a parte, en el presbiterio de la iglesia conventual, en la parte del Evangelio. Allí queda, como indica su biógrafo, el presbítero Manuel Rivero, tal vez esperando el cumplimiento de lo que atestiguó D^a Catalina, que un 22 de mayo de 1668, hablando arrebatada con su ángel de la guarda le escuchó exclamar: -“¡Ángel!... ¿Qué por la obediencia ha de ser una monja de esta casa canonizada?... ¿cuándo?...”